

He aquí primero á Trimalción, Lúculo de contrabando, tipo de los enriquecidos del día, que ejerce la usura á pesar de tener millones, golpea á su mujer, á pesar de los servicios que le presta, y comete barbarismos, bien que tenga siempre á su mesa retóricos famélicos.

Con la sentenciosa gravedad de quien quiere hacer discursos, después de haber hecho millones, refiere Trimalción cómo ha venido á ser de esclavo, liberto, de sirviente amo.

«Cuando llegué de Asia, no era yo más alto que este candelero, y para que me naciera pronto la barba, me untaba la cara con el aceite de la lámpara. Pero tenía con mis amos todas las atenciones imaginables, y con esto me instituyó mi amo por heredero conjuntamente con César, dejándome un verdadero dominio senatorial. Pero el hombre no tiene nunca bastante y me dediqué al comercio. Cinco barcos cargué de vino, cinco. Aquello era ya oro; sino que todos se fueron á pique. Sin embargo ¿creéis que me desalenté? No, á fe mía: cargué otros barcos de más porte, mejor acondicionados y por lo mismo más seguros. Era preciso que no se me tuviera por un hombre pusilánime. Mi mujer se portó en aquella ocasión como una heroína: vendió sus joyas, sus vestidos, todo lo que tenía y me puso en la palma de la mano hasta cien monedas de oro. De esto salió mi nueva fortuna. Uno va aprisa cuando los dioses empujan. En una carrera gané diez millones de sestercios y todo lo que después emprendí me salió á pedir de boca. Cuando me ví más rico que todo el país junto, cerré mis registros de comercio, me edificué un palacio y ahora hago trabajar mi dinero.»

Con razón tiene tan serena tranquilidad, porque habiendo subido ya á la cima y tomado posesión de la fortuna, nadie le preguntará por su origen ni qué camino ha recorrido. El oro lo ennoblece todo; es el dios supremo: ¿cómo no tener en alta consideración á sus pontífices?

«Trimalción tiene tierras para fatigar el vuelo de un milano; su dinero le pare en sus arcas, y sus esclavos ¡dioses mayores! no hay uno entre diez que conozca á su amo. No compra nada; todo nace en sus términos: la lana, la cera, la pimienta. Si pidierais huevos de gallo, también los encontraríais allí.

»Dichoso Trimalción! Duerme en cama de marfil reposando por las mañanas á sus anchas, mientras la turba solícita y hambrienta de sus clientes se desespera á su puerta. Por fin tiene la dignación de presentarse; dirige algunas palabras á uno y otro lado y favorece á los privilegiados con un movimiento de cabeza. ¡La litera! ¡Los esclavos! Trimalción desea ir al foro. Si hace buen tiempo, irá á lomos de una buena mula. De camino se detiene á hacer una visita, mientras su cortejo de clientes espera en el fango ó al sol. Vuélvese á poner en marcha y todos corren tras él.

»Y sin embargo, Trimalción no es más que un liberto. En otro tiempo llevaba leña á cuestras. ¿De qué pues proviene el respeto de que se ve rodeado? ¡Oh! posee diez y ocho millones de sestercios. ¿Cómo los ha adquirido? Se ignora; pero los tiene, que es lo importante. Poneos en dos filas cuando pase y procurad granjearos su favor.

»Trimalción sabe lo que vale, y así ved cómo se admira, envuelto en su flotante toga de ancha manga, ancha y larga para ocultar en ella la callosa mano endurecida en trabajos serviles. ¡Qué repentina metamorfosis! Ayer llovían los golpes sobre sus espaldas; hoy es él quien los da, temido y considerado de todos. Habla alto y se le escucha: dice mil disparates, pero ¿qué importa? su riqueza tiene ingenio por él.»

Digno precursor de todos los que han levantado su for-

tuna más pronto que su ingenio, Trimalción gasta vanidosamente su dinero en opíparos festines proponiéndose admirar á sus comensales con un lujo de mal gusto y una literatura aprendida la víspera. Cita á Homero y á Virgilio, hace versos y filosofea.

En medio de la orgía, manda traer un esqueleto de plata que le inspira esta sentencia: «Esto seremos muy pronto: por consiguiente vivamos, mientras podamos vivir bien.» Pero Trimalción es más ridículo que malvado, y aun en ciertos respectos vale más que los hombres de la edad precedente, y yo le perdono sus extravagancias, cuando oigo resonar en el fondo de su alma un eco de los sentimientos que comenzaban á generalizarse, puesto que penetraban en aquel saco de sestercios: «Amigos, los esclavos son también hombres: mamaron la misma leche; pero la Fortuna los ha tratado como una madrastra. Antes de morir quiero, y esto será muy pronto, que beban agua libre.»

Crisanto no ha subido tan alto, pero ha vivido bien, según el mundo. Veamos lo que era vivir bien, según Petronio y buen número de sus contemporáneos.

«Crisanto ha tenido la suerte que merecía: vivió honorablemente y así se le ha tratado á su muerte. No podría quejarse. Al empezar no tenía un sestercio: hubiera recogido con los dientes un óbolo de un estercolero. Pero fué redondeándose poco á poco, y á fe mía, que ha dejado una buena herencia. ¿A qué edad creéis que murió? A los setenta años ó más. Tenía una salud de hierro y llevaba su edad á las mil maravillas: hasta tenía los cabellos negros como las alas de un cuervo. Yo lo había conocido en otro tiempo hecho un libertino, y viejo, era todavía bastante alegre: no respetaba edad ni sexo; á todo hacía. ¿Quién podría vituperarlo? El placer de haber gozado es todo lo que se llevó á la tumba.»

¡Gozar! Petronio expresa aquí la gran optación de muchas gentes de aquel tiempo y aun del nuestro. Pero ¿no se encuentran en estos pasajes rasgos y maneras de estilo que hacen pensar en la Bruyère?

Escuchad ahora á ese político callejero que no atiende más que á su estómago, ni encuentra bien sino lo que asegura su pitanza, por lo cual toma el cielo con las manos, si le falta:

«En todo el día no he podido procurarme un bocado de pan, y me parece que estoy en ayunas desde el año pasado. ¡Malditos ediles que se entienden con los panaderos! ¡Ayúdame y te ayudaré! Y el pueblo humilde sufre mientras esas sanguijuelas chupan á riesgo de reventarse. ¡Oh! si tuviéramos aun aquellos leones que encontré aquí á mi regreso de Asia! Entonces sí que se podía vivir. El hambre desolaba la Sicilia; la sequía abrasaba los campos; pero Saffinio era un rayo más bien que un hombre, y adonde quiera que iba pegaba fuego. En la curia, me los zarandeaba á todos; y no era de los que van por cuatro caminos; él iba siempre por el camino recto. ¿Y en el foro? Cuando él hablaba hubiérase dicho que sonaba un clarín de guerra.

»Y con todo eso era un hombre afable: á todos les devolvía el saludo; llamaba á cada uno por su nombre: hubiérase dicho uno de los nuestros. Durante su edilidad, el pan no costaba mucho: por un as había pan para que se hartaran dos hombres y quedara todavía. Pero hoy los panes de un as no son mayores que un ojo de buey. ¡Ay! ¡ay! ¡todo va mal! La colonia prospera al revés como cola de ternera. Ni pudiera ser de otro modo; tenemos por edil un hombre de poco más ó menos, que tiene en más un denario que la vida de un ciudadano. En su casa se alegra y regocija, recogiendo en un día más dinero que otros vendiendo su patrimonio. Sé de un negocio que le ha vali-

do 1.000 monedas de oro. ¡Oh! si tuvierais algún tesón, no se burlaría de nosotros. Pero tal es el pueblo hoy día: león en casa, y zorra fuera.»

Bien habréis oído á este demagogo en alguna parte, porque se encuentran tipos de estos en todos tiempos; pero entonces no pasaban de la murmuración para llegar al tumulto. Tiene este, empero, un carácter, que no tienen ya los nuestros: es religioso ó parece serlo y de buen grado amotinaria á los devotos al mismo tiempo que á los haraganes y mendigos.

«¿Qué va á ser de nosotros si los dioses se niegan á mirar con piedad la colonia? ¡Ayúdeme el cielo! yo creo que todo esto sucede por voluntad de los inmortales; porque ahora no cree ya nadie que el cielo sea el cielo, ni nadie hace caso de Júpiter. El gran negocio es atesorar. En otro tiempo, las mujeres, descalzas de pie y pierna, desceñidas, despeinadas, con el velo á la cara y el alma pura, iban á la colina en procesión de rogativas para que el padre de los dioses viniera en enviar próspera lluvia, y el agua caía á torrentes y todos se regocijaban. Pero los tiempos han variado y con ellos las cosas, y en castigo de nuestra grande impiedad, nuestros campos tan fértiles cuando los dioses querían, son ya estériles.»

Pero no le cojáis á Petronio la palabra, pues sabe tan bien como Lucrecio lo que valen sus divinidades. «Ahora, los que están ligados con votos, los mismos que venderían el universo se forjan á porfia dioses propicios á sus deseos.» En efecto, inventaron uno que tenía entonces, como ahora, muchos adoradores: el dios *Luero*. Una inscripción de Pompeya puesta en mosaico en el umbral de una casa, obligaba á los visitantes á honrar de paso al dios protector de las industrias productivas: *Salve Luero!*

VI. — SEVERIDAD DE LAS COSTUMBRES EN LAS PROVINCIAS Y EN LA ALTA SOCIEDAD

He puesto á la vista el desbordamiento de las malas costumbres en el último siglo de la república; en la época de los Antoninos, aquella sociedad tan agitada por súbitas y mal adquiridas riquezas, hubo de sosegarse. Se habían dissipado las monstruosas fortunas y no existiendo ya el medio de recobrarlas cambiaron las costumbres. Los romanos dejaron de ser advenedizos malrotando el oro y el honor, como millonarios de ayer, y la vida social volvía á su curso regular. Luego, no todo el imperio estaba en Roma. Siguiendo á los satíricos y á los cómicos, parece habernos olvidado también de cómo había honestas gentes que vivían honradamente lejos de las grandes ciudades, las cuales buenas gentes componían la masa de la población del imperio; fondo sólido, pero empañado, que se ve mal y en que se destacan con sus vivos colores los vicios y las ambiciones insanas, porque las malas costumbres se exhiben, mientras las buenas se ocultan.

Sin duda con una religión que nada prohibía y la esclavitud que lo facilitaba todo, con espectáculos obscenos en que las mujeres se perdían, porque iban castas y volvían corrompidas (1), la regla de las costumbres, incierta y vaga, tenía poca fuerza para contener á las almas vulgares. Así ha podido suponerse que todo el imperio se había mezclado en las fiestas de Nerón y sentádose á la mesa de los festines de Vitelio, como se ha creído que Francia toda, hace siglo y medio, tenía las costumbres de la Regencia y cenaba todas las noches como el duque de Orleans. La sola

(1) *Quae publica forsitan ad spectaculum matrona processerat, de spectaculo revertitur impudica* (S. Cipr. ad Donat. p. 5).

razón protestaría, aun sin pruebas contrarias, porque si la naturaleza humana tiene sus flaquezas por la pasión, tiene también sus energías para condenar el vicio, y pronto veremos que la sociedad romana estaba entonces traspasada, digámoslo así, por una corriente de ideas morales, en que las almas delicadas se fortalecían en el horror de las saturnales de la carne, y las gentes de corazón en el sentimiento nobilísimo de la dignidad humana.

Pero no faltan testimonios para hacer creer que si se pudiera penetrar en el seno de algunas ilustres familias romanas, se encontrarían en ellas las costumbres que acompañan siempre la moderación de la fortuna y de los deseos, ó la elevación de sentimientos y de carácter.

«En las ciudades lejanas, dice Tácito, se encuentra la antigua Italia con toda la severidad de sus primeras costumbres (2).» Y presenta á los provinciales de paso en Roma, notables enviados en diputación al senado, ó simples particulares en gestión de sus negocios, avergonzados de una disolución que les era desconocida, *lascivie inexperti*.

«Los hombres nuevos, dice en otro lugar, llamados de las provincias al senado de Roma, trajeron la economía y el orden de su vida privada (3).» Marsella «le parece reunir en feliz consorcio la urbanidad de Grecia y la sencillez de las provincias;» y antes de celebrar las hazañas del provincial Agrícola, su suegro, pinta de una pincelada sus virtudes privadas diciendo: «Se casó con Domicia Decidiana y vivieron en perfecta inteligencia y en mutua afección, amándose uno á otro más que á sí mismo.» No hay pues que extrañar ver á Tácito atribuyendo el cambio en las costumbres de la nobleza romana al advenimiento de los provinciales á las funciones de los altos cargos públicos.

Sobre este punto, Plinio piensa como Tácito. La madre de Plinio era de la España Citerior. «Bien sabéis, dice, cuál es la reputación de esta provincia, qué severidad de costumbres reina en toda ella.» Y en otro lugar: «En Brescia se conserva cuidadosamente la modestia, la frugalidad, la franqueza de nuestros padres. — También conocéis la índole austera de los paduanos.» Escuchad también á Marcial, el poeta español, á quien había parecido Roma el único lugar en que se pudiera vivir, porque versos fáciles abrían allí las puertas de los magnates. Sintiendo llegar la vejez y agotarse su poco fecunda vena, aquel frecuentador del Palatino y de las Esquilias se hizo rural, y ved cómo celebra la vida sencilla, económica de la provincia.

«Aquí es menester alimentar mi tierra; ella me alimentará allá abajo.» Y quiere abandonar las orillas del Tíber «donde hasta el hambre cuesta cara; donde se necesitan cuatro togas en un estío, cuando allá en el campo una sola basta para cuatro otoños.» Recuerda con pena la casa natal «cuya mesa se cubre de sabrosos despojos del campo paterno que lo harían tan rico con tan poco,» y acaba por volver allá.

Desgraciadamente no pensó Tácito en pintar esta vida provincial, porque la dicha no presta los sombríos ó brillantes colores que prefería el gran artista. Sin embargo, á través de sus narraciones y de las de sus contemporáneos, se ven pasar entre sombras figuras amables ó graves, y la correspondencia de Plinio nos hace entrar en la mejor compañía. Las ideas, como las del hombre que nos introduce, no son muy elevadas; pero reinan allí los más nobles sentimientos y se encuentran gentes con quienes se viviría de buen grado. En primer lugar Plinio mismo: se puede ser severo con el gobernador de Bitinia, con el escritor que se

(2) An. XVI, 5.
(3) An. III, 55.

cree émulo de Cicerón y de Demóstenes, componiendo armoniosamente períodos vacíos, con el orador que midiendo la elocuencia con la clépsidra, se precia de haber estado hablando siete horas seguidas; pero si no era un grande ingenio era á buen seguro un hombre de bien, dispuesto siempre á dar su bolsillo ó sus consejos, amigo de la justicia y de las buenas costumbres, y cuidadoso de no hacer ni decir nada que no fuera digno de él y de su toga consular.

¿Quiénes son sus amigos? Tácito, muy grave personaje, que debe haber tenido las costumbres que exigía él de los demás; Quintiliano, á quien ayudó á dotar á su hija, y cuya gran obra es á la vez un libro de educación y de retórica; Suetonio, á quien Plinio hospedó muchas veces (1) y cuyos gustos como su fortuna eran muy modestos, si se juzga por la propiedad que quería adquirir. «Este dominio tienta á mi querido Suetonio por más de un concepto: la vecindad de Roma, la comodidad de los caminos, la poca extensión de la tierra y de la casa, que basta á distraer, no á ocupar. Los sabios como él necesitan un andén para pasearse, una viña cuyas cepas puedan conocer y algunos arbustos cuyo cuento no sea difícil ni largo.»

He aquí hombres de letras que no corrían tras el dinero, se amaron unos á otros y vivieron de tal modo que la historia no puede levantar contra ellos ningún cargo por la estimación en que ellos mismos se tenían.

¿Se quiere un filósofo? Eufrates nos es desconocido y no sabemos si debemos sentir la pérdida de sus libros: conservemos á lo menos la semblanza que el mismo Plinio hace de este moralista amable, serio sin displicencia, sabio sin orgullo, que al revés de aquellos filósofos cabelludos y vocingleros, de quienes pronto se burlará Luciano, hace la guerra á los vicios, no á los hombres, y atrae á la virtud con la dulzura, en lugar de repeler con el insulto.

Mas por de pronto la vida doméstica es la que nos ocupa. «Eufrates es hombre de tanta afabilidad como pureza de costumbres. Tres hijos constituyen su familia, y no olvida nada para su buena educación. Su suegro que está en primera línea en la provincia, es recomendable por mil títulos, sobre todo por la preferencia que en la elección de un yerno dió á la virtud sobre la nobleza y la fortuna.»

Si de las letras pasamos á los hombres de mundo, encontraremos verdaderos caracteres. Corelio Rufo tenía todo lo que hace amar la vida: una buena conciencia, la mejor reputación, una mujer y una hija á quienes amaba entrañablemente y amigos verdaderos. Prolongó su existencia hasta los sesenta y siete años con la pureza de sus costumbres, y cuando una enfermedad incurable lo hizo gravoso á los demás y á sí mismo, resolvió poner término á sus sufrimientos. En vano le suplicaron que desistiera de su funesto designio: «He pronunciado la sentencia,» dijo. Y se dejó morir de hambre.

Ticio Aristón hizo lo mismo que Rufo. «Sabéis, dice Plinio, cuánto lo quería y admiraba. Nada superaba su prudencia, su integridad, su saber... Su mesa era tan sobria como sencillo y modesto su porte. Pero atacado de una cruel enfermedad, nos hizo llamar á algunos amigos y nos rogó que consultáramos seriamente á sus médicos, para tomar en su virtud una resolución decisiva: esperar con paciencia la curación, si podía traerla el tiempo, ó abandonar una vida dolorosa, si la enfermedad era incurable.»

Aquellos hombres que pesan tranquilamente la vida y la muerte y se hacen jueces de sí mismos, pronunciando una

(1) ... *Probissimum, honestissimum, eruditissimum virum et mores ejus sequuntur et studia...* (Plin. *Epist.* X, 96).

sentencia capital, no se parecen á los afeminados de Marcial ó á los truhanes de Petronio, ni debieron por consiguiente vivir como ellos. Añádanse Trasea, Helvidio, Plinio el Antiguo, Agrícola, Verginio Rufo, que rehusó el imperio, Cornuto Tértulo, que lo hubiera merecido, Pegaso, el *santísimo intérprete de las leyes*, Trebonio Rufino, duunviro en Viena, que suprimió en esta ciudad los juegos, Junio Máurico, que trabajó porque se suprimieran en Roma, y muchos otros personajes cuyas virtudes quedaron en las sombras como la abnegación de los soldados que vivían y morían oscuramente en las fronteras en el cumplimiento de su deber.

Plinio conoce á los cazadores de testamentos (*captatores*) y nos refiere los manejos de uno de ellos, Aquilio Régulo, el más célebre de los industriales de este género, el cual habiendo llegado á los sesenta millones contaba con doblar el capital. Pero sus cartas muestran que había también hombres capaces de rehusar una sucesión ventajosa, de aceptar legados onerosos y ejecutar codicilos que no eran obligatorios, Adriano, Antonino y Marco Aurelio habían dado el ejemplo de la mayor sencillez de vida: era una tradición en aquella familia de advenedizos. El biógrafo de Antonino dice del padre de este príncipe que era íntegro y de puras costumbres, *integer et castus*, y de su abuelo materno que fué más que bueno, *homo sanctus*.

¿Dónde encontró Juvenal las mujeres que figuran en su impúdica galería? En el barrio Toscano, cerca de los teatros y de las zahurdas, donde se encuentran, decía ya Plauto, gentes que se venden, y donde, añadía Horacio, que no era severo, donde rebulle la multitud impía.

Con todo eso, Roma vió otras costumbres, aun en aquel palacio imperial tan manchado en los ominosos tiempos de Calígula y de Claudio, de Nerón y Domiciano. En la época de Augusto, Livia indulgente con su esposo, pero severa consigo misma, y Octavia, cuya casta fama no empañó jamás la más leve sospecha; en la de Tiberio, Antonia y Agripina, dignos objetos del respeto público; en la de Trajano, Plotina, cuya virtud fué una fuerza para su marido; y si no pongo en esta lista de honor á las dos Faustinas es por una condescendencia que la historia no debería tener respecto de acusaciones probablemente calumniosas.

Cuando Séneca, que era natural de Córdoba, nos presenta á su madre «educada en una severa casa,» y á su tía durante los diez y seis años que su marido gobernó el Egipto «como desconocida en la provincia,» se puede creer que su piedad filial no buscó más que un rasgo de semejanza entre las mujeres de su familia y las de los antiguos tiempos. Pero conoce otras que recuerdan las costumbres antiguas, Marcia, por ejemplo. ¿Y cuántas no encontramos nosotros en Plinio y Tácito, que después de haber sido, como dice Herodes Atico de su mujer, «la luz de la casa,» serán siempre el honor de su sexo? Tales son Antistia y Servilia, que no pudiendo salvar á sus padres mueren con ellos, y aquella Pomponia Grecina, dama de ilustre origen, cuya vida fué un misterio triste é interesante.

En efecto, ligada en íntima amistad con Julia, hija de Druso, á la que obligó á matarse Mesalina, llevó cuarenta años luto y nunca jamás se la vió ya sonreír. Esta repugnancia á la vida romana y á sus peligrosas grandezas ¿sería lo que predispuso su alma á recibir la nueva fe? A lo menos Pomponia fué acusada de entregarse á supersticiones extranjeras. Para salvarla, sin duda, su marido Plaucio, conquistador de la Bretaña, reclamó el derecho de juzgarla él mismo en presencia de sus deudos, según las antiguas formas de la jurisdicción doméstica. Este tribunal la declaró inocente, y como aun se estaba en los buenos tiempos de

Nerón, se dió por buena la sentencia. Pero Pomponia conservó su tristeza, y probablemente la secreta esperanza de una vida donde pudieran manifestarse todos los sentimientos de los corazones delicados y puros.

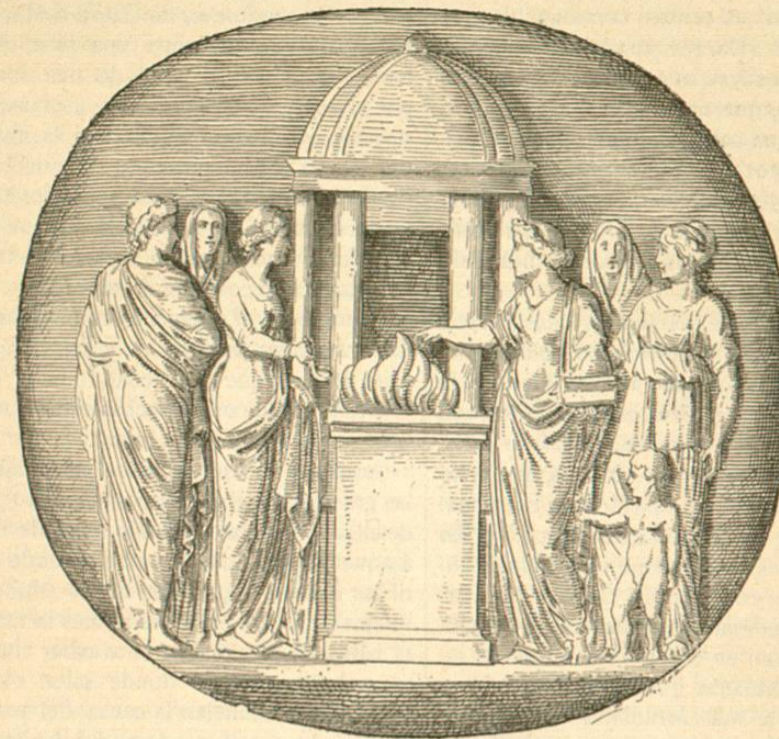
El marido de Arria, Cecina Peto y su hijo estaban atacados de grave enfermedad y el hijo murió. La madre tomó tales precauciones que el padre no supo nada. Siempre que entraba en su alcoba, lo engañaba piadosamente dándole noticias del hijo como si no hubiera muerto: había dormido bien, estaba ya mejor, ya comenzaba á comer, etc., y cuando no podía ya reprimir las lágrimas, salía un momento, y volvía luego con los ojos enjutos y el semblante sereno, habiendo dejado á la puerta el luto.

Más tarde, comprometido su esposo en la conspiración

de Escriboniano, fué preso y conducido á Roma. Al embarcarlo, conjuró Arria á los soldados que la admitieran á bordo. «No podéis rehusar á un consular, les dijo, algunos esclavos que lo sirvan, que lo vistan, que lo calcen; yo sola le prestaré todos estos servicios.» Y como los soldados fueran inexorables, fletó un barco de pescador y atravesó el Adriático en pos del navío que se llevaba á su esposo.

Ya en Roma encontró á la mujer de Escriboniano que quería hablar con ella. «¿Que yo te escuche, le dice, á tí, que has visto morir en tus brazos á tu marido y vives todavía!»

Previendo la condenación de su esposo, resolvió no sobrevivirle, y Trasea su yerno le suplicaba que desistiera de tan cruel resolución. «¿Quisieras que si yo hubiera de morir muriera conmigo tu hija? — Sí, contestó Arria, sí, cuando



Vestales en el altar de su diosa (1)

había vivido contigo tanto tiempo y en tan perfecta unión como yo con Peto.» Su familia vigilaba todos sus movimientos para impedir la ejecución de su proyecto. «Perdéis el tiempo, les dijo Arria: podréis hacer que muera de muerte más dolorosa; pero no evitaréis que muera.» Y esto diciendo se levantó y corrió á chocar de cabeza contra la pared con tal violencia que cayó como muerta. Cuando volvió en su acuerdo, les dijo: «Ya os previne que me abriría los pasos más difíciles hacia la muerte, si me cerrabais los fáciles.»

Con esto, no se asombra ya uno, cuando para decidir á su marido que vacilaba, se hundió un puñal en el seno y se lo ofreció ensangrentado diciendo: «Toma, Peto; no hace daño.» He aquí pues mujeres fuertes.

¿Se prefiere un afecto más sencillo, una abnegación menos trágica? Ojgamos otra vez á Plinio:

«Paseábame últimamente por el lago de Como con un anciano, amigo mío, y me indicó una casa, que tenía una plataforma por encima del agua. — Por allí, me dijo, una mujer compatriota nuestra se precipitó con su marido. Este padecía de una úlcera, y cuando la mujer se convenció de que era imposible la curación, exhortó á su marido á darse la muerte prometiendo no sobrevivirle. Vinieron á esta pla-

taforma, se ligaron juntos con una cuerda y se arrojaron al abismo.» Ni siquiera se conocen sus nombres.

Otra muestra esa altiva dignidad que no permite vacilar en el cumplimiento del deber. Había resuelto esta dama enviar una cantidad considerable, á una de sus amigas desterrada por Domiciano, y como le dijeran que el dinero caería infaliblemente en poder del tirano: «Me importa poco, dijo, que Domiciano lo robe; lo que me importa mucho es enviarlo.»

¡Cuán lejos estamos de las impuras heroínas de Marcial y de Epia la consular huyendo en brazos de un histrión á orillas del Nilo!

El paganismo tenía también grandes honores para una virtud que nos parece muy poco pagana, la castidad. Ceres y Vesta, cuya leyenda era tan pura y bella, querían sacerdotes á su semejanza, y las personas más respetables y respetadas de los romanos eran las mujeres consagradas á estas dos castas diosas. Apolo mismo tenía en Argos una sacerdotisa que sólo debía conocer el amor divino. En los espectáculos públicos, las vestales se sentaban en el lugar más preferente, y la emperatriz reinante tomaba asiento al lado de ellas (2).

(1) Dibujo aumentado de una piedra grabada.

(2) Tertuliano (*de Monog.* 17) dice que todavía en su tiempo, cuaa-